

EL CASTELLANO GRÁFICO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO I. — NUMERO 5
17 DE MAYO DE 1924

SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS:
JUAN LABRADOR, NUM. 6

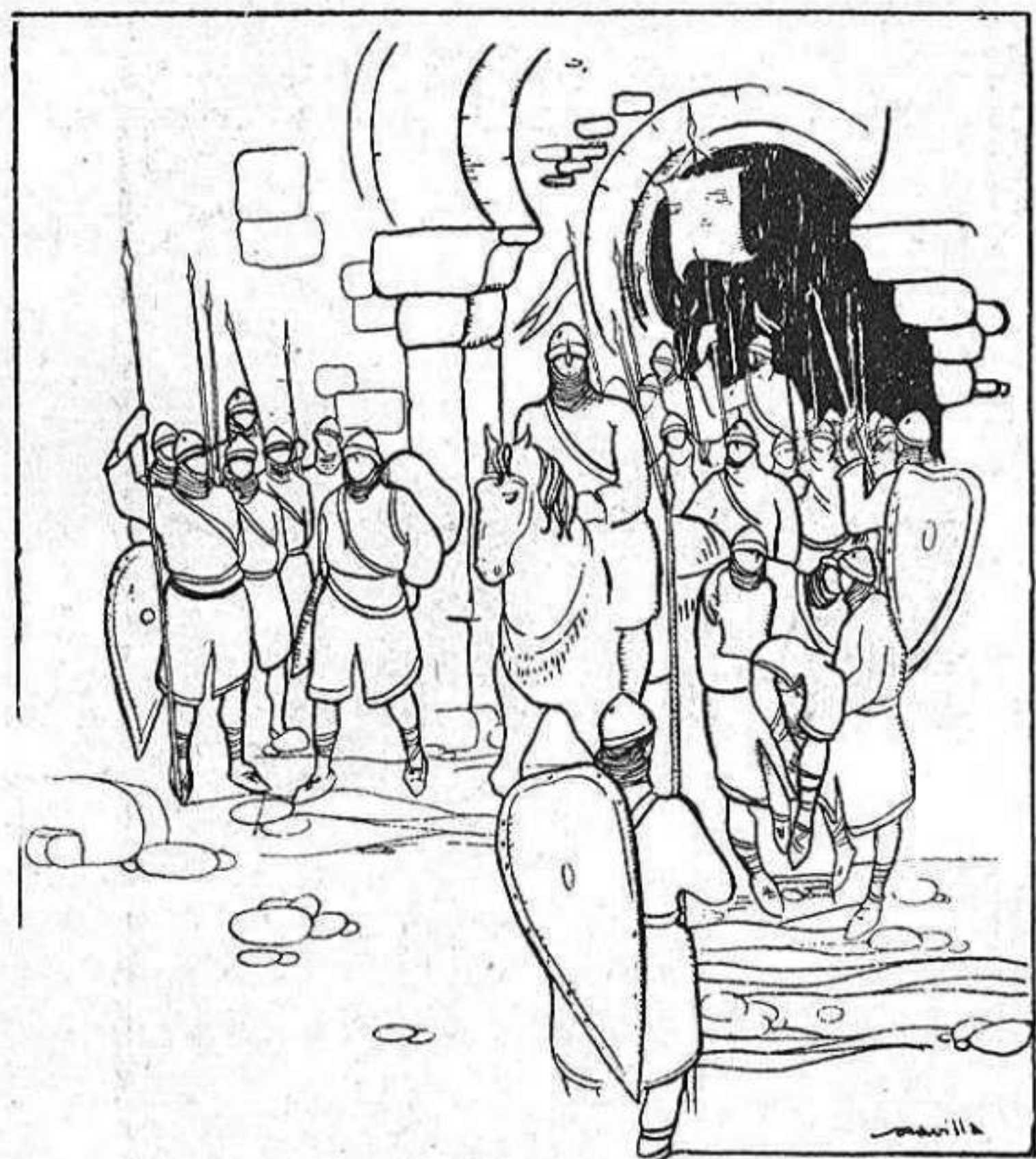


EL NUNCIO DE S. S. ACOMPAÑADO DEL SR. CARDENAL, EN SU VISITA A LA CATEDRAL (Foto Rodríguez.)

= BIL-AL-MARDOM =

A botes de lanza y golpes de mandobles y de cimarras, íbase devanando en la rueca de los siglos aquel siglo XI, formado con hazañas y teñido con la sangre de moros y cristianos; que no parecía sino que con los pechos cubiertos de espina de sus corceles y con sus propios cuerpos, cubiertos de hierro, le iban empujando trabajosamente los esforzados hijos de la Fe y los valientes hijos de Alá.

En el año 714 de nuestra era, Toledo, la vieja capital de los godos, fué conquistada por las hordas del Desierto, y sobre sus montañas grises, secas y áridas, hondearon al viento los blancos alquiceles. Era entonces Toledo un formidable castillo, con sus altas mura-



llas, hoscas, amenazadoras; sus casas, como recintos fortificados; sus calles, como pasillos de fortalezas. Era Toledo un erial.

Y pasaron los años. En el 1085, el Angel de la Victoria rozó con sus alas a la cristiandad; Alfonso VI, el más bravo rey de Castilla y Rodrigo Díaz de Vivar, el más noble y esforzado de los nobles y esforzados capitanes castellanos, tan admirado de todos que sus propios enemigos le llamaron el «Señor», tan temido que, después de muerto, triunfó en las batallas, conquistaron de nuevo Toledo a los moros.

Era entonces Toledo una hermosa ciudad. Era bella y alegre y frondosa y riente como un oasis perdido en las llanuras abrasadas del desierto.

Sobre el pedestal de plata que le presta el Tajo, se erguía Tolaitola, orgullosa y magnífica, con sus cinceladas mezquitas de esbeltos minaretes, desde los que a las horas rituales de la oración entonaban los *muezzin's* su canto quejumbroso: «No hay más Dios que Alá».

Con sus calles alegres que formaban, retorciéndose, coquetonas y esquivas, las casas deslumbrantes de blancura y los ricos palacios, guardadores de los más exquisitos encantos de Oriente; con sus zocos, siempre bulliciosos; con sus jardines en que las graciosas palmeras y los rojos claveles, como labios sangrantes, se

miraban en el espejo de los lagos tranquilos o en la corriente reidora de los arroyuelos que el agua del Tajo, elevada por multitud de norias, formaba en ellos.

Era Toledo la perla del Yslam; era Toledo un vergel.

Por la vieja puerta de Visagra entró triunfador en Toledo Alfonso VI de Castilla, y apenas se había extinguido la voz de los farautes pregonándolo por tres veces y a los cuatro vientos, cuando ya los vencedores, por su ley, se habían adueñado de casas y palacios y zocos y jardines. En lo alto de la Aljama y de todas las mezquitas extendía ya sus brazos amorosos la Santa Cruz.

Los vencidos, atemorizados, musitaban sus augurios o sus temores.

—Todo, todo será destruido. Nuestras mezquitas serán derribadas y sobre las ruinas el cristiano levantará sus iglesias.

—No, todas no; quedará la Aljama, la gran mezquita, orgullo de los creyentes; lo he oído a un arquero al pasar junto a mí.

—Quedará... pero profanada y convertida en iglesia cristiana, como las otras, como todas...

Había en el grupo un anciano, cuya barba blanca temblaba con temblores de fiebre, y bajo su albornoz como si quisiera ocultarla a la voracidad de la soldadesca, se estremecía, como gacela herida, una linda joven, inclinada al suelo la cabecita morena, bajo la cascada de sus crenchas de ébano, adornadas de cequíes de oro, como adornan la noche las constelaciones. Aquel viejo era Moham-Abdalá, el alarife, y la joven, su nieta Zeilu.

—¡Todas!—repetía como un eco la voz temblorosa del viejo alarife: —¡Todas!... y la gentil Bil-al-Mardón, la más preciada joya entre las casas de Alá. ¡Bil-al-Mardón! La mezquita que sobre las ruinas de una iglesia cristiana contruyeron mis abuelos y adornaron con las flores de su ingenio; la mezquita donde yo mismo he puesto mis sueños de artista y mi fervor de creyente... Mi vida es la vida de Bil-al-Mardón, y el anciano de la blanca barba temblorosa, se alejó llorando, llevando escondida bajo su amplio albornoz, trémula y palpitante, a su nieta Zeilu, la luz de sus ojos, la más linda entre las bellas hijas de Alá.

Por la estrecha calleja baja un tropel del soldados. Los cascos potentes de los corceles de guerra arrancan chispazos de fuego a las piedras puntiagudas, y chocan entre sí, con ruido pavoroso, las armas de los jinetes.

Luego de un momento de duda, el que venía al frente descabalgó junto a una casa de humilde aspecto, y golpea briosamente la puerta con el puño de su espada.

—¡Ah, de la casa!... ¡Vive aquí Abdalá el alarife!

—Con él hablas, cristiano—. Responde, abriendo la puerta, la voz temblorosa del viejo arquitecto.

Entonces, el que primero habló, dió algunas órdenes a los que fuera quedaban, y, a poco, dos guerreros trajeron en brazos a un caballero, joven y apuesto, que venía mal herido.

—Sé que eres bueno, Abdalá, y eres noble y hospitalario.

—Así lo manda el profeta.

—Cuidad de este caballero que fué herido en la

pelea. Se llama D. Diego Ruy y es sobrino del Cid Campeador.

Dijo, y añadiendo: Ten por seguro que hallarás tu recompensa; el apuesto oficial abandonó la casa, y al frente de su tropa, trepó por la calleja, arrancando a las piedras chispas de incendio los cascos de sus corceles.

Abdalá tomó al herido. Desnudóle peto y espaldar, y mientras le examinaba cuidadosamente, Zeilu fué vertiendo, gota a gota, por entre los labios exangües del caballero, un licor que encerraba todas las virtudes de las hierbas que crecen en los montes abruptos que rodean a Toledo.

El caballero abrió los ojos y no se sabe si por virtud del bálsamo o por el encanto de aquel tan lindo rostro de ámbar y rosas, en el que los ojos grandes y rasgados azuleaban su luz bajo los cabellos negros y brillantes que le acariciaban en el abandono de su dueña, es lo cierto que el joven cristiano, el noble vástago de la raza del Cid, sonrió; sonrió, y, gentilmente, susurró una flor de cortesania.

—¡Bella hija del falso Profeta! Merecieras ser reina y haber nacido en Castilla.

Con los cuidados del anciano y las delicadas atenciones de la joven, Diego Ruy ha sanado de su herida, la herida de labios sangrantes que abriera en sus carnes el hierro enemigo. Pero ¡ay!, que en el alma tiene ya otra herida que es más difícil de curar: se la hicieron los dardos de fuego de los negros ojos de la bella Zeilu.

Rodrigo Díaz de Vivar, el de la barba florida, por el mucho amor que le tiene, viene a recoger a su deudo, y dar gracias al moro por su solicitud.

—Anciano—dice—. El rey de Castilla respeta tu persona, tu familia y tu hacienda. Yo, el Cid, quiero también hacerte una merced que exprese en parte todo mi agradecimiento. Pide...

—¡Oh, Cidi!—responde el viejo alarife—. Yo sólo pido que no sea demolida la bella mezquita de Bil al-Mardón, porque ella atesora la fe y el ingenio de toda mi estirpe, estirpe de artistas, que la construyeron y la embellecieron. Yo también, ¡oh, Cidi!, he prendido en ella mis sueños de gloria.

—Noble Abdalá. No ha de quedar piedra sobre piedra de los templos infieles. Esto quiere el rey de Castilla. La mitad del botín me pertenece; pídemelo...

—¡Sólo eso, Cidi...; sólo eso...!

Y llorando el anciano se arrastra a los pies del de Vivar; pero éste le levanta dulcemente, le atrae hacia sí y le besa las barbas de plata. Luego se aleja. Diego Ruy parte también, y es su marcha martirio indefinible; es como si en su corazón tuviese anudada una cuerda tirante, cuyo otro extremo se sujetara fuertemente a una columna cualquiera del patio; por ejemplo a aquella roja columna, tras de la que llora tristemente la bella Zeilu, la de los cabellos de ébano, la de los ojos azules, la de mejillas de ámbar, la que es grácil y bella como una gacela de la selva virgen, como una palmera del soñado oasis.

Bil-al-Mardón va a ser derruida. Ya se adentran, profanando el lugar santo, los encargados de destruirla. Ya suenan dentro los primeros golpes demolidores. Ya los vencidos, la turba atemorizada, se aleja, hundidas las cabezas bajo las capuchas de sus jaiques. Tiemblan las barbas, se estremecen los pechos, se crispan los puños... ¡Es la ley del vencedor!

Alfonso de Castilla, rodeado de la flor de sus capitanes, al lado de Rodrigo, aguarda. Todos montan briosos corceles encapazonados de hierro.

Dentro de la mezquita trabajan los cristianos. Pero no están solos; el viejo alarife, sostenido por los brazos de su nieta encantadora, asiste al derrumbamiento de la casa de Alá, con el mismo dolor que experimentar asistiendo a la muerte de un hijo predilecto.

De pronto aquel bosque de lanzas, que semejan los caballeros, se agita como a impulsos del huracán. ¡El caballo del Cid se ha arrodillado y Rodrigo no puede dominarle! En vano le oprime con las rodillas, le hiere con los acicates. Sangran los hijares del noble bruto; pero permanece de rodillas, con la frente pegada en el muro.

De pronto, del interior de la mezquita llegan hasta la calle gritos de asombro, voces de angustia, suspiros, lloros y plegarias.

—¡Milagro! ¡Milagro!

Al romper la muralla por la parte misma en que arrodillara el caballo del de Vivar, dentro del templo islamita ha aparecido una cavidad profunda débilmente iluminada, y envuelta en el resplandor amarillento de aquella luz, la imagen de Jesús crucificado.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!...

—¡Milagro! ¡Milagro!—gritan los trabajadores.

Alfonso de Castilla se destoca el férreo capacete y decabalgando, hinca en tierra su rodilla, y silenciosos, el silencio escalofriante de las grandes emociones, le imitan todos, y todos musitan con acento de oración:

—¡Milagro!—repite el ejército invencible.

Luego, irguiéndose altivo, exclama con voz vibrante:

¡Respetad este templo, que será para siempre consagrado al Santísimo Cristo de la Luz!

—¡Alá lo ha querido!—Musita el viejo alarife.



Y Zeilu, abrazada a su abuelo, murmuraba llorosa, trémula de amor, de emoción y de felicidad: ¡Milagro! Abuelo. ¡Milagro! ¡Su Dios... es grande!

En el mismo día en que se consagró al Cristo de la Luz la vieja mezquita de Bil-al-Mardón, Zeilu se llamó María y fué esposa del noble y valiente don Diego Ruy, apadrinada por el rayo de la guerra, el terror de los infieles, la flor de los caballeros de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

TEERRE

Toledo Mayo de 1924.

El Nuncio de Su Santidad visita Toledo

El pasado día 11 honró a Toledo con su visita el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Tedeschini.

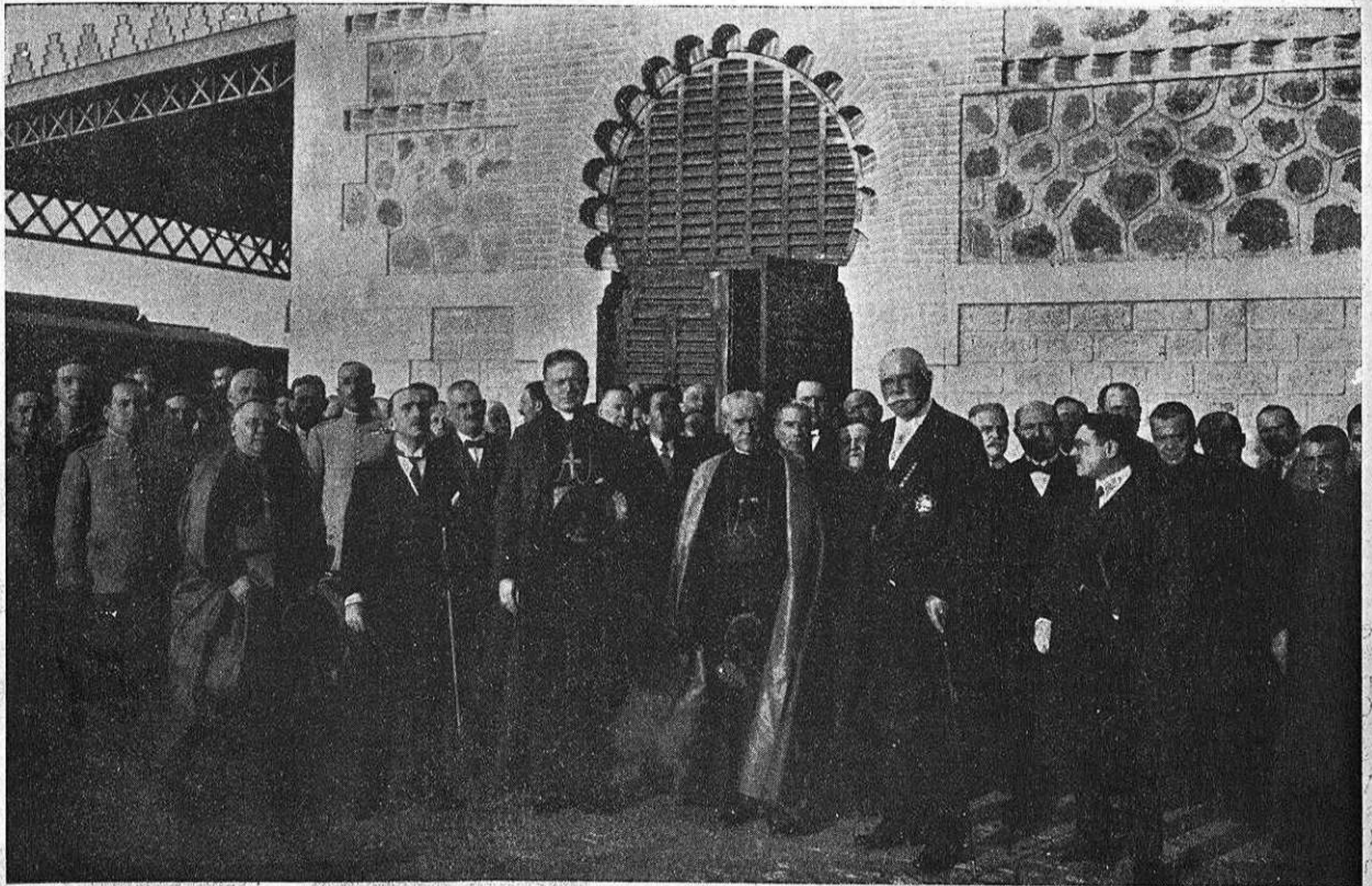
Monseñor vino a Toledo en visita particular. No le animaba otro propósito que pasar unas horas con Su Eminencia el Cardenal Reig y admirar nuestros soberbios monumentos artísticos.

No obstante, bastó la simple invitación de Su Eminencia a las autoridades, ya que, aun siendo particular, era, sin embargo, la primera visita que hacía a Toledo el Legado del Papa, para que todas las representaciones oficiales y las Comisiones de las fuerzas vivas se reunieran en la estación y constituyeran una

Luego de hechas las presentaciones protocolarias en el salón regio de la estación, Monseñor Tedeschini, acompañado de Su Eminencia el Cardenal Reig y del Alcalde Sr. Benegas, y seguido de la brillante comitiva oficial, se trasladó a la Catedral.

En el grandioso vestíbulo de la soberbia Puerta del Perdón, gigantesca y magnífica, la que sólo se abre para dar paso a los reyes, se había instalado un artístico altar bajo el rico dosel del Cardenal Aragón, y sobre la preciosa alfombra denominada «de Pastores».

Junto al altar aguardaban, además del Cabildo y



MONSEÑOR TEDESCHINI CON SU EMMA, RVDMA, EL CARDENAL REIG Y LAS AUTORIDADES Y COMISIONES QUE LE RECIBIERON EN LA ESTACIÓN

(Foto Rodríguez.)

brillante comitiva que rindió al ilustre huésped cariñoso homenaje de admiración y respeto y le acompañó durante su breve estancia en nuestra ciudad.

Y bastó, asimismo, una hojita suplemento que «El Castellano» lanzó a la calle pocas horas antes del regreso del tren, para que el pueblo en masa invadiera las calles y las plazas, y se adornaran los balcones y se aplaudiera y vitoreara al Representante del Santo Padre, con tal espontaneidad, con tal entusiasmo, con tal cariño como jamás se ha hecho a personaje alguno. Monseñor Tedeschini quedó tan gratamente impresionado, tan hondamente emocionado, que más tarde, en su discurso de gracias de la recepción oficial, hubo de exclamar:

«Señores: Nunca más oportunamente se hubo de emplear esta palabra; porque en Toledo todos son señores, todos son raza de reyes, dominadores del mundo por el prestigio de su nombre y la amplitud de su corazón».

las capillas Real y Mozárabe, con capas pluviales blancas, y el clero parroquial y sacerdotes adscritos, revestidos de sobrepelliz; el Ayuntamiento bajo mazas, Comisiones de la Zona de Reclutamiento, Padres Carmelitas, Hermanos Maristas, Colegio de Doncellas Nobles, Comisión de la Acción Católica de la Mujer, Colegio de San José, Colegio de Lamadrid, Escuela de Artes y Oficios, Adoración Nocturna, Comisión de Monumentos, Inspección de Sanidad y una masa compuesta de público que llenaba por entero la plaza del Ayuntamiento.

Monseñor Tedeschini oró breve instantes, y luego el Deán Sr. Polo Benito, que oficiaba de preste, y que con los dos señores Beneficiados asistentes lucían el rico terno del Cardenal Cisneros, dióle a besar el «Lignum Crucis», llamado «Teste del Cardenal Mendoza», valiosa joya del tesoro inapreciable de la Catedral, la más rica del orbe en el acerbo artístico y arqueológico, [y, en seguida, bajo palio riquísimo

cuyas artísticas varas de plata cincelada y repujada, llevaban las dignidades catedralicias, se encaminó al Altar Mayor, desde el que, después de cantarse un solemne «Tedeum», bendijo al pueblo.

En el salón del Trono del Palacio Arzobispal, donde se alojó Monseñor Tedeschini, se verificó luego la recepción oficial.

Ocuparon el estrado, con Monseñor, Su Eminencia el Cardenal Reig, el Alcalde de la ciudad, Sr. Benegas, y Gobernador civil Sr. Castaño de Mendoza.

Mas de dos horas duró el desfile, y terminado éste, Monseñor Tedeschini, con voz vibrante por la emoción que puso en su alma la grandiosidad del homenaje que en su persona Toledo tributaba al Sumo Pontífice, pronunció un discurso en correcto castellano, sentido y elegante, armonioso y bello, elocuentísimo, en fin, por su forma exquisita y su fondo erudito, que fué un canto de gratitud y de admiración a «Toledo, que es el corazón de España» por su amor «al Santo Padre, que es el corazón de la Iglesia».

Monseñor terminó su discurso con vivas a España y al Santo Padre, que fueron contestados entusiastamente.

Al día siguiente, Monseñor Tedeschini celebró la Santa Misa en la Iglesia del Convento de San Clemente, asistido por los Sres. Covisa, Arcipreste de la Catedral y Superintendente de Religiosas, Guisasola, Capellán de las Hermanitas de los Pobres, y Plá, Familiar de Su Eminencia.

Monseñor y sus acompañantes visitaron luego detenidamente el interior del Convento.

En las Hermanitas de los Pobres, fué acogido con fervientes manifestaciones de júbilo respetuoso por los ancianitos asilados de ambos sexos y la Comunidad. Los vivas clamorosos lanzados por los ancianos impresionaron vivamente a Su Excelencia.

Con igual entusiasmo se le recibió en los Conventos de San Juan de la Penitencia y Santa Isabel, que visitó después. Monseñor Tedeschini admiró mucho la riqueza arquitectónica y arqueológica que conservan estos históricos Conventos.

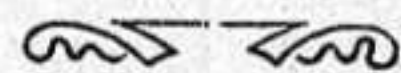
En la Catedral, en cuya visita le acompañaron el

Sr. Cardenal, los Duques de Santa Lucía, que vinieron ex profeso en automóvil para besar el anillo de Monseñor, y las autoridades, Su Excelencia elogió, lleno de admiración, el tesoro portentoso del Templo Primado; la Custodia, de la que dijo que jamás había visto joya más grandiosa; la Sagrada Familia de Van Dick, la Santa Anita de Felipe II y las mil y mil joyas, de valor fabuloso, que hacen del Tesoro de nuestra Catedral como el plasmado del sueño de un alma artista.

A mediodía se celebró un banquete oficial en el Comedor de gala de Palacio.

Tomaron asiento con Monseñor, además de Su Eminencia el Cardenal Reig, los señores Obispo auxiliar doctor Balanzá, Gobernador civil señor Castaño de Mendoza, gobernador militar General Carniago, Alcalde señor Benegas, Coronel director de la Academia de Infantería señor Pérez de Lema, Coronel de la Fábrica de Armas señor Sánchez y Sánchez de Toledo, Presidente de la Diputación señor González, presidente de la Audiencia señor Amarillas, duques de Santa Lucía, Comandante Santamaría, en funciones de ayudante del General, Deán de la Catedral señor Polo Benito, Secretario de Cámara señor Vidal, Mayordomo señor Vilaplana, Secretario del Nuncio de Su Santidad Monseñor Guerignoni, familiar del Obispo auxiliar señor Ferrándiz y Capellán de Su Eminencia señor Plá.

Por la tarde visitó detenidamente el Alcázar y la Fábrica de Armas, siendo recibido por los Coroneles directores respectivos señores Pérez de Lema y Sánchez de Toledo con los Jefes y Oficiales a sus órdenes, y, por último, en el expreso regresó a Madrid Monseñor Tedeschini, siendo despedido con iguales honores y entusiasmo que se le recibió.



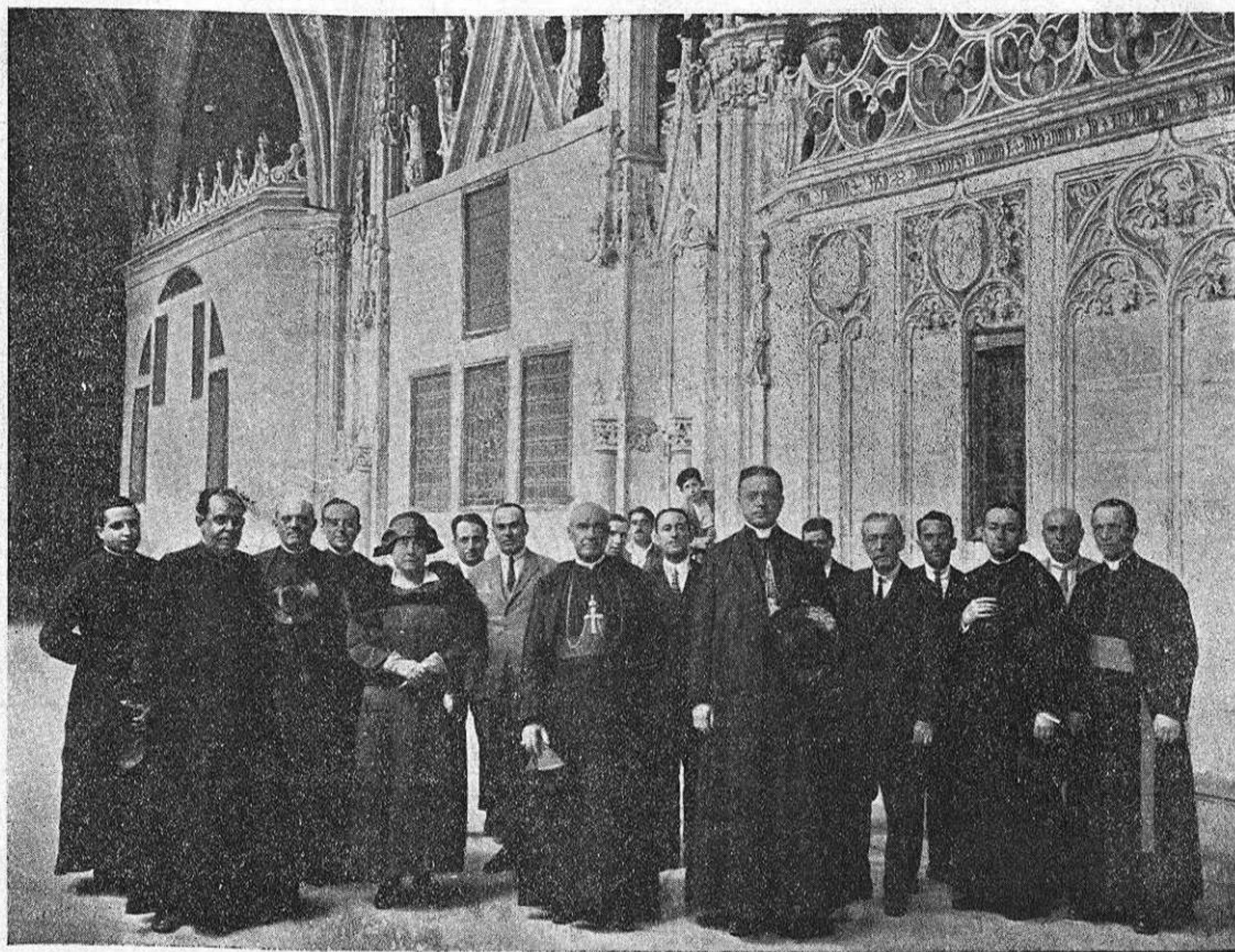
(Foto Rodríguez.)



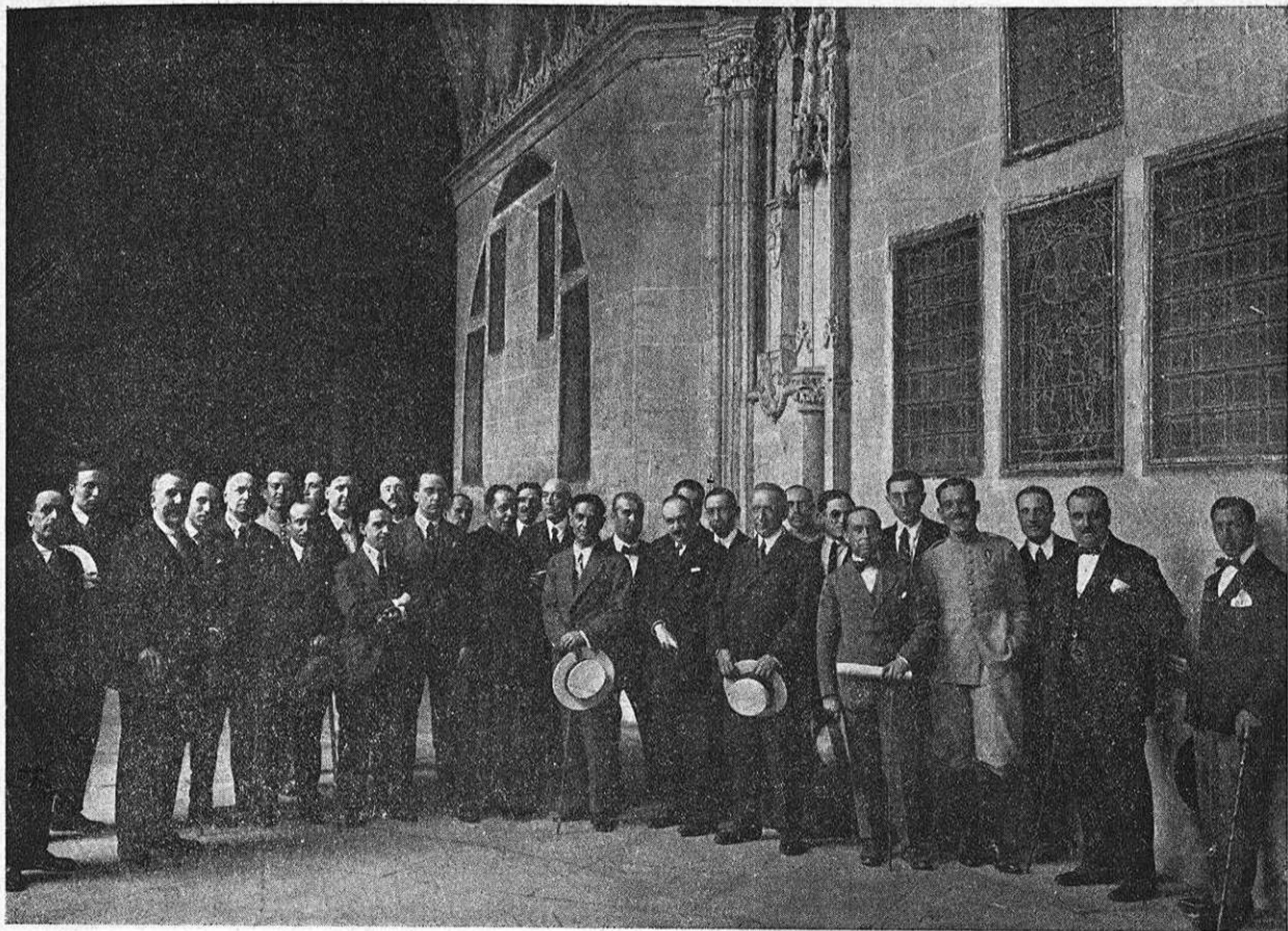
EN LA CATEDRAL FUÉ CANTADO UN TEDEUM SOLEMNE



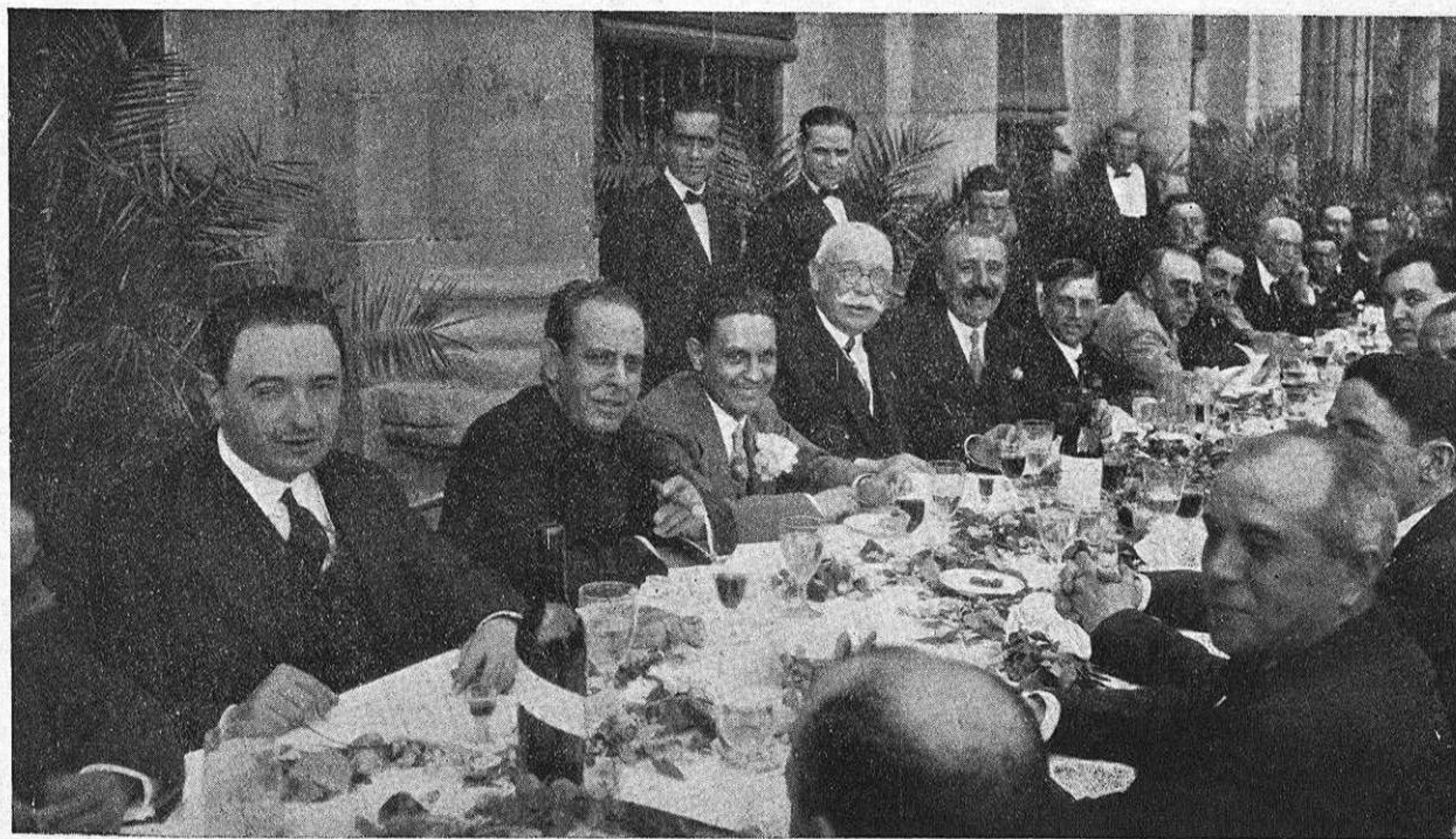
RECEPCIÓN OFICIAL EN EL SALÓN DEL TRONO DEL PALACIO ARZOBISPAL, EN QUE MONSEÑOR TEDESCHINI IMPROVISÓ UN DISCURSO ELOCUENTE Y ARMONIOSO



EL NUNCIO DE S. S. Y EL CARDENAL PRIMADO, ACOMPAÑADO DE LOS DUQUES DE SANTA LUCÍA, VISITARON DETENIDAMENTE LA CATEDRAL (Fotos Rodríguez.)



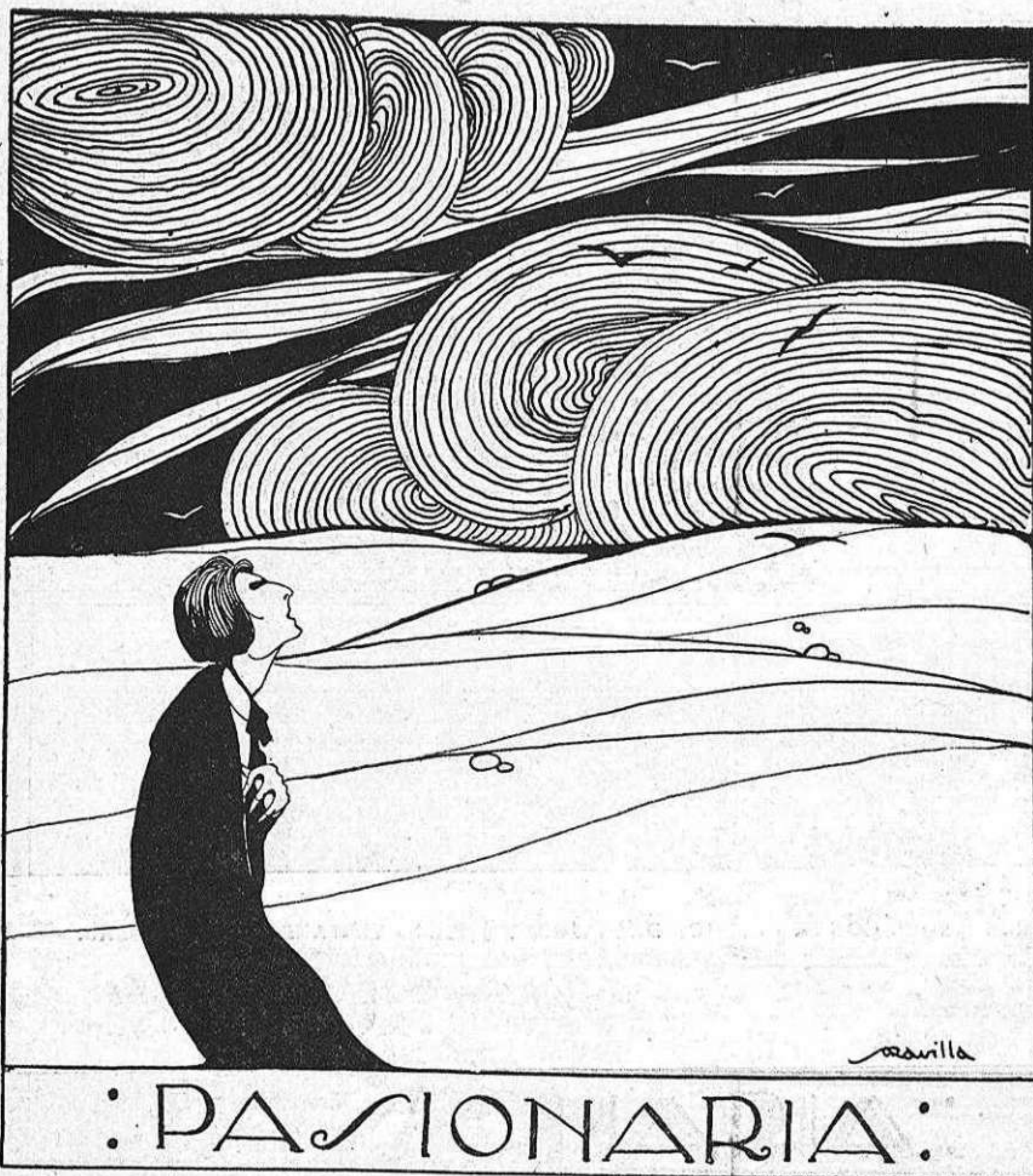
RAMÍREZ ANGEL CON SUS AMIGOS DE MADRID Y TOLEDO VISITANDO LA CATEDRAL.



RAMÍREZ ANGEL SENTÓ A SU DERECHA AL DEÁN SR. POLO BENITO Y EX DIPUTADO A CORTES SR. LEQUERICA, Y A SU IZQUIERDA AL ALCALDE SR. BENEGAS Y AL TENIENTE DE ALCALDE Y PRESIDENTE DEL TURISMO SR. CANTOS.

(Fotos Rodríguez.)

NUESTROS POETAS



*Tormentosa fué la tarde ya lejana
de tus ojos se cruzaron con los míos,
abrazadas en silencio nuestras almas
dijeron lo que al mundo no le han dicho.*

*Tormentosa fué la noche de aquel día
me vió cruzar el árido camino,
ni un árbol, ni un refugio, ni una mata
que a mi cuerpo diese abrigo.*

*Como llora esa canción bella y gitana
de los dos alguna vez hemos oído,
en silencio al escuchar hemos llorado
porque dice la canción lo que sentimos.*

*En la música del «Huye de mi vera»
en el canto de ese amor, de muerte herido,
y dos almas que se buscan locamente
paradas por el fondo de un abismo.*

*En el santo relicario de oro puro
de mi pecho tu recuerdo yo he dormido,
y si alguna vez despierta ciegamente
yo le arrullo silencioso... muy quedito,
obligándole a dormir en esa cuna
que tejieron tus ensueños y los míos,
en la dulce paz agreste y bienhechora
de aquel valle de amapolas y de lirios.*

*Para el fuego de este amor que me consume,
sólo quedan en la vida dos caminos:
o dejar que yo me abraza triste y solo,
o abrazar tu corazón aquí conmigo;
o fundir en el crisol de los amores
nuestras almas anegadas en cariño,
o olvidar, cuando te sientas muy cobarde,
lo que un día sin igual feliz nos hizo.*

RICARDO G. SALAVERT

En Toledo a 5-V-1924.

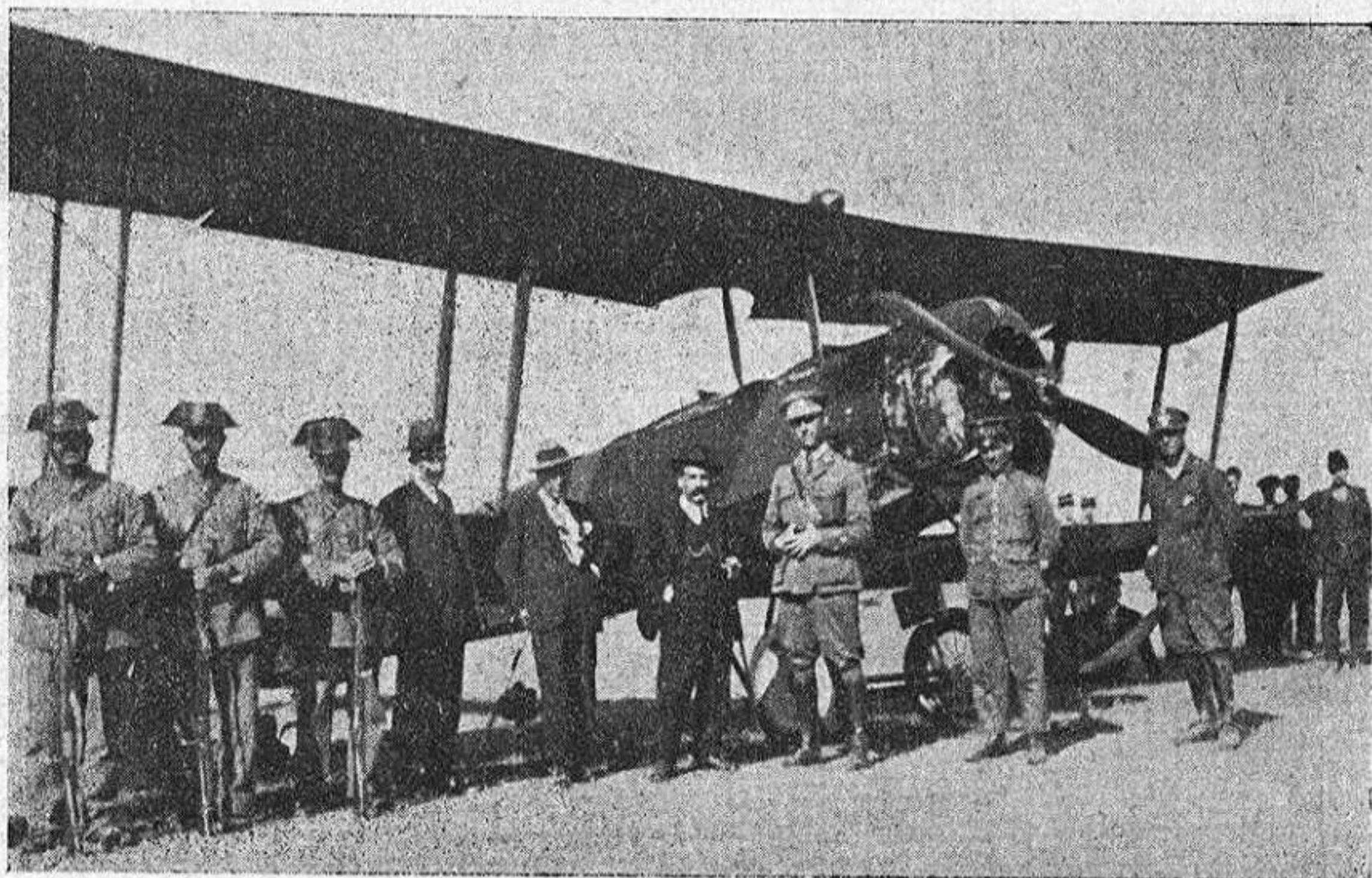
Catástrofe de Aviación en Sonseca

El pasado sábado aterrizó en el quinto denominado «Pradilla», de la dehesa Villaverde, en el término de Sonseca, el biplano militar «Avro 9», pilotado por el soldado alumno de la Escuela de aviación de Alcalá de Henares don Manuel Fernández López.

Más de dos mil personas acudieron inmediatamente al lugar del aterrizaje.

Una hora después, el piloto se dispone a reanudar su vuelo, y al intentar hacer girar la hélice, el aparato, inesperadamente, emprende la marcha arrollando al público. El momento fué indescriptible, gritos de angustia, ayes de dolor, voces de espanto...

Pasados los instantes de confusión, fueron recogidas las víctimas. Resultaron muertos Francisca Lorenzo García Pulgar y

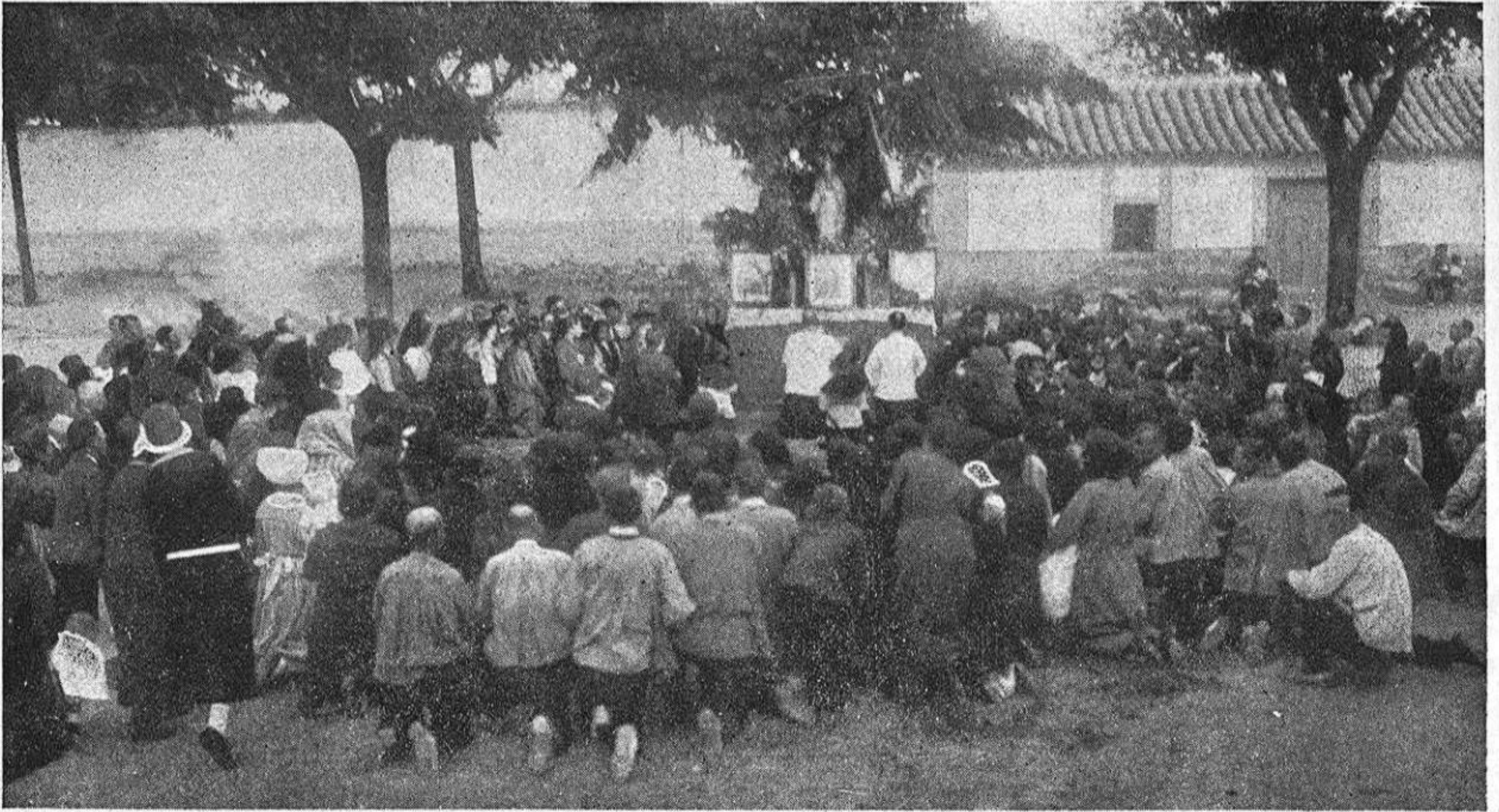


el niño de dos años Angel Rueda Gallego, y muchos heridos. Algunos de ellos han fallecido después.

El entierro de las primeras víctimas fué una imponente manifestación de duelo, a la que asistió el pueblo en masa, bajo la presidencia del señor delegado gubernativo y todas las autoridades.

En nuestra primera fotografía aparece el soldado aviador señor Fernández López, acompañado del capitán profesor Sr. Wite nuestro corresponsal D. Francisco de Asís Medina y las autoridades, y en las otras el entierro de la joven Francisca Lorenzo y la presidencia oficial del duelo.

Entronización del Sagrado



LLENO DE UNCIÓN, EL PUEBLO EN MASA SE POSTRÓ A LOS PIES DIVINOS DEL REY DEL AMOR

El pasado domingo, un pueblo entero, Argés, se consagró lleno de fe y entusiasmo al Sagrado Corazón de Jesús.

La fiesta, atrayente y simpática, comenzó por la mañana con la clausura del curso que con solicitud, digna de todo elogio, vienen sosteniendo en aquel pueblo las Damas Catequistas; labor cultural, merecedora de imitación por todos los pueblos españoles, que se realiza con el apoyo moral y material de la señora viuda de Navarro.

Como epílogo a la serie de conferencias dadas por el Padre Carretero, de la Compañía de Jesús, más de 300 personas recibieron la Sagrada Comunión.

Es indescriptible el entusiasmo del pueblo, exteriorizado con los cantos sagrados que fluían de todos los labios, solemnes, fervorosos, emocionantes.

Por la tarde, sobre un sencillo altar colocado en el centro del pueblo, se colocó la imagen del Sagrado Corazón. Junto a este altar se verificó el reparto de premios a los asistentes a la Catequesis, que los recibieron llenos de gratitud de manos de la señora viuda de Navarro. Uno de ellos, Teodoro Lorente, pronunció un breve y sentido discurso de agradecimiento «a la señora que con su bondad para todos y su amor a Argés, aportaba al pueblo

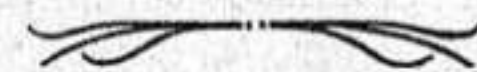
aquellos medios de cultura, de verdadero progreso, puras fuentes de fraternidad y unión».

El final del discurso fué acogido con entusiastas vivas.

Al caer de la tarde, el Rvdo. P. Carretero, asistido por el Párroco D. Aurelio Valverde, que con tal entusiasmo secunda esta labor meritisíma, bendijo las imágenes, y cuando con voz vibrante, con frase cálida y persuasiva y fervorosa recordaba a los ausentes, a los que lejos luchaban por la Patria, a los enfermos, a los difuntos, el pueblo en masa, lleno de unción, se postraba a los pies del Dios del Amor.

Un representante del Ayuntamiento leyó la consagración oficial del pueblo al Sagrado Corazón. En aquel instante se desbordó el entusiasmo general; y entre calurosos vivas y aclamaciones, fué entronizada la venerada imagen en las Casas Consistoriales.

Otras imágenes más sencillas fueron repartidas entre los padres de familia para que presida sus hogares y derrame sobre ellos su bendición, que es amor y es paz.



Corazón de Jesús en Argés



LAS DAMAS DE LA CATEQUESIS CON LAS MUJERES DE ARGÉS



GRUPO DE ARGETEÑOS CON LAS SEÑORAS DE LA CATEQUESIS

(Fotos Rodríguez.)



D. GUMERSINDO MANSO, PAISANO NUESTRO Y UNO DE LOS OFICIALES MÁS BRILLANTES DE NUESTRO EJÉRCITO, QUE HA SIDO ASCENDIDO A CAPITÁN POR MÉRITOS DE GUERRA

Gumersindo Manso es un Oficial tan enamorado de su profesión, que desde su salida de la Academia estuvo siempre en la línea de peligro. Por su arrojo, por su discreción, por sus dotes políticas ha sido ascendido a Capitán. Hoy presta sus servicios en Aviación, que también es estar en la línea de peligro.

Bernabé Ortiz ha sido muy justamente elogiado por sus jefes y por los corresponsales de prensa en Africa. Al frente de la séptima Compañía del Tercio, sostuvo el día 7 duro combate con las hordas rifeñas de Sidi-Messaud. Hubo de llegar al cuerpo a cuerpo para desalojar al enemigo a cuchilladas de sus trincheras.



OTRO PAISANO NUESTRO, EL BRAVO CAPITÁN D. BERNABÉ ORTIZ ESPARRAGUERA, QUE AL FRENTE DE LA SÉPTIMA COMPAÑÍA DEL TERCIO, SOSTUVO DURO COMBATE CUERPO A CUERPO EN SIDI-MESSAUD, SUPRIENDO 68 BAJAS; DE ELLAS, 12 MUERTOS



D. ALBERTO MARTÍN PERIGORRÍA, ALUMNO DEL COLEGIO DE MARÍA CRISTINA, A QUIEN SE HA OTORGADO EN ESTE CURSO EL PREMIO EXTRAORDINARIO «RUIZ»



D. AURELIO BONED, NUEVO INSPECTOR PROVINCIAL DE SANIDAD (Fotos Rodríguez.)